

haces, símbolo de su justicia y de su poderío; los altares, símbolo de la alianza misteriosa que unia los destinos del Estado á los mismos destinos de los dioses.

No, nunca os representareis bastante la fuerza de aquella institucion. Ah! si resucitase á vuestra vista una ceremonia pagana; si pudiérais ver á Roma entera subiendo al templo de Júpiter Capitolino, aquel pueblo, aquellas legiones, aquel senado, todos los recuerdos patrióticos, subiendo con ellos, y llevando todos juntos á los dioses la nueva victoria de Roma! Si oyérais el silencio y el ruido de la unanimidad, aquel murmullo de todas las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas de su triunfo, así el orgullo como la lujuria, así la lujuria como la religion, lo elevado y lo abyecto, el cielo y la tierra, todo juntamente, todo en un solo dia y en un solo acto; si esto hubiéseis visto y oído, acaso vosotros mismos, sucumbiendo á aquella embriaguez total de las facultades humanas, hubiérais inclinado un instante la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo!

Sin embargo, no se debía adorarles, sino hacerlos pedazos: así lo ordenaba Jesucristo. Era preciso destrozarnos en todo el universo, puesto que todo el universo era esclavo de la idolatría. ¿Y qué se traía para poner en su lugar? ¡Un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos; un hombre que habia venido de un país sobre el que arrojaban á raudales los romanos el ridículo y la opresion; un judío, y un judío crucificado! ¡Hé ahí lo que algunos pescadores de Judea traían á Roma, al Capitolio, para que reemplazase á la estatua de Júpiter Capitolino! ¿Qué os parece? La ignominia en el lugar de la grandeza, la penitencia y la mortificacion para sustituir á la voluptuosidad. La penitencia y la mortificacion, ¡qué palabras! Apenas, despues de diez y ocho siglos, me atrevo yo á pronunciarlas sin disfraz á vuestros oídos, sin embargo de estar acostumbrados al lenguaje evangélico; y era forzoso revelarlas á los romanos. Se debía decirles: os traemos una religion absolutamente pura y santa, fundada en la inmolacion del cuerpo por la castidad, y no solo por la castidad, que es una privacion, sino por el odio directo de los sentidos. Venimos con la vara en la mano á enseñaros á tratar vuestro cuerpo como á un esclavo, porque en efecto lo es de las mas viles inclinaciones, y porque no podeis libertar de él á vuestra alma sino manteniéndole en el respeto y en los castigos de la servidumbre. Esto habia que decir á un pueblo hinchado con siete siglos de arrogancia y de dominacion, sumergido en la sensualidad tanto

como en el orgullo, y acostumbrado á encontrar en sus dioses, á quienes se intentaba destruir, la justificacion de su espléndida ignominia. Pero Jesucristo lo habia mandado, y esto fué dicho, creído y adoptado, y el reino de los ídolos cayó ante el reino de la cruz, á despecho del imperio romano.

El imperio romano era solidario de la idolatría; pero existia otra razon para que fuese no menos enemigo del establecimiento cristiano. Este imperio se habia fundado lentamente á fuerza de prudencia y perseverancia en sus consejos, de valor en sus ejércitos, de abnegacion en sus gefes, hasta el dia en que habiendo llegado á ser dueño del mundo, habia flaqueado bajo el mismo peso de su grandeza, y perdido en su corrupcion todas las libertades públicas que labraran su gloria y su salvacion. Nada restaba de ellas al venir al mundo Jesucristo, sino algunos simulacros ya deshonorados; y cuando murió, el imperio habia pasado de Augusto á Tiberio por una decadencia que presagiaba á Neron. La tribuna de las arengas estaba muda; el pueblo se consolaba de la falta del foro con un pedazo de pan que le arrojaban; el Senado, rendido y diezmado en sus últimos hombres ilustres, no sabia ya oponer al despotismo sino la prontitud de una obediencia que fatigaba á las veces al insolente capricho del soberano. Un solo hombre lo era todo, y este hombre podia desafiar impunemente á la esclavitud del modo que le pluguiese. Vinole en antojo un dia que el Senado, es decir, los restos de todas las grandes familias romanas, los descendientes de aquellos padres conscriptos que tan soberbiamente habian llevado en los pliegues de su toga la guerra y la paz, deliberasen acerca de la salsa en que se debería poner un pescado. Gracias, señores, porque no os habeis reído; aquel fué el mayor insulto que se haya hecho á la naturaleza humana en la persona del mas grande cuerpo político que ella ha producido jamás. Dios lo permitió, señores, para enseñarnos hasta dónde cae el hombre por la corrupcion de la riqueza y la apostasia de la libertad, esa guardadora de todos los derechos y deberes. Tal era, pues, Roma en el momento en que Jesucristo enviaba sus discípulos para que la convirtiesen á él, y tal era con Roma el mundo entero. La dominadora universal, despues de haber encadenado las naciones á su grandeza, las tenia encadenadas á sus humillaciones, y por la vez primera en la historia del género humano la libertad no tenia ya asilo en ninguna parte.

Digo que era la vez primera, porque hasta entonces por una providencia digna de toda nuestra gratitud, habia Dios procurado que

hubiera siempre alguna tierra libre donde la virtud y la verdad pudieran defenderse contra la conjuración de los más fuertes. Mientras el Oriente era fecundo en tiranías seculares, tenía el Egipto instituciones dignas de estima, y juzgaba á sus reyes después de muertos; la Grecia defendía su tribuna contra la ambición de los reyes de Persia; Roma protegía á sus ciudadanos con un derecho que rodeaba su vida con multitud de barreras sagradas. Si de los tiempos antiguos pasamos á los tiempos modernos, observaremos en ellos la misma atención de la Providencia en no permitir que el despotismo reine en todas partes á la vez. El mundo actual se divide en tres zonas: la zona de una tiranía sin límites, que nada tiene que envidiar á las más sangrientas historias de lo pasado; una zona intermedia donde aun se permite alguna libertad al pensamiento y á la fe; y en fin, esta generosa zona occidental de que formamos parte, esos grandes reinos de Francia, Inglaterra, de los Estados Unidos de América, de las Españas, donde los derechos y deberes tienen garantías, donde se habla, se escribe, se discute, donde en tanto que la fuerza oprime la majestad de Dios y del hombre en lejanas regiones, nosotros la defendemos á la faz del mundo, y la defendemos sin gloria, porque nada amenaza en este acto nuestra vida ni nuestro honor.

Un momento ha habido únicamente en que, tomando el mapa del globo, en vano hubiérais buscado una montaña ó un desierto para abrigar el corazón de Catón de Utica, y en que Catón de Utica juzgaba necesario pedir á la muerte una libertad que ningún punto de la tierra podía ya darle. Este momento único y formidable era aquel mismo en que Jesucristo enviaba sus apóstoles á anunciar el Evangelio á toda criatura, y fundar en su fe, su amor y su adoración, el reino de las almas y de la verdad.

Veamos lo que era este reino con relación al imperio romano. Era en primer lugar la libertad del alma. Jesucristo quería el alma, la quería libre para conocerle y amarle, adorarle, suplicarle y unirse á él. No reconocía que nadie sino él tuviera derechos sobre el alma, y sobre todo, el derecho de impedir las comunicaciones del alma con él. Aun más, Jesucristo quería la unión pública de las almas en su servicio; no quería ocultarse; exigía un culto público y social. La libertad del alma llevaba consigo el derecho de fundar iglesias materiales y espirituales, de reunirse, orar en comun, oír en comun la palabra de Dios, este manjar sustancial del alma, que es su pan cotidiano, y de que no se la puede privar sin cometer un sacrilegio.

homicidio. La libertad del alma llevaba consigo el derecho de practicar en comun todas las ceremonias del culto: de recibir en comun los sacramentos de la vida eterna; de vivir en comun del Evangelio y de Jesucristo. Nadie tenía ya en la tierra el gobierno de las cosas sagradas sino los ungidos del Señor, las almas escogidas, iniciadas en una fe y un amor más grandes, probadas por los sucesores de los apóstoles, santificadas por la ordenación. Todo lo demás, príncipes y pueblos, eran excluidos de la administración del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, centro divino del reino de las almas, y que no debía darse á los perros, según la enérgica frase del dulcísimo Evangelio.

Pero como el alma es el fundamento del hombre, Jesucristo, al crear la libertad del alma, creaba al mismo tiempo la libertad del hombre. El Evangelio, regulador de los derechos y deberes de todos, se elevaba al poder de una carta universal, que servía de regla á toda autoridad legítima, y que bendiciéndola, la preservaba de los excesos en que el poder humano había caído en todas partes. De este modo, el reino de las almas era absolutamente lo contrario del imperio romano, y era imposible imaginar un antagonismo más completo. El imperio romano era la servidumbre completa; el reino de las almas, la libertad total; el imperio de las almas era la servidumbre universal; el reino de las almas, la libertad universal. Entre ellos era esta cuestión de vida ó muerte. La lucha era inevitable; debía ser encarnizada.

Ahora bien, ¿cuál era la fuerza de que disponía el reino de las almas contra aquel imperio cubierto de legiones? Ninguna. El foro? No lo tenía. El senado? No lo tenía. El pueblo? No lo tenía. La palabra? No la tenía. El pensamiento? Tampoco lo tenía. ¿A lo menos era permitido á los primeros cristianos, á quienes la casualidad del Evangelio hubiera puesto en el mundo, el reunirse para combatir uno contra cien mil? No; esto no les era permitido. ¿Qué fuerza era, pues, la suya? La misma que había tenido Jesucristo. Debían confesar su nombre y morir después, morir hoy, morir mañana, morir pasado mañana, morir siempre, es decir, vencer á la servidumbre con el uso pacífico de la libertad del alma; vencer á la fuerza, no con la fuerza, sino con la virtud. Habíaseles dicho: Si por espacio de tres siglos podeis decir en alta voz: *Creo en Dios, Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que nació de Santa María virgen, que murió y resucitó*; si por espacio de tres siglos podeis decir esto en alta voz

y morir todos los dias despues de haberlo dicho, al cabo de tres siglos, sereis vencedores, es decir, libres.

Y así aconteció.

Y sucedió á despecho del furor del imperio romano, que hizo del universo un verdugo, y perdió en la inanidad de los suplicios su razon espantada. Nada mas diré de los mártires; vencieron, todo el mundo lo sabe. Y ese reino de las almas fundado por su sangre; ese reino de las almas que debia destruir la idolatría y que lo ha destruido, que debia derribar el imperio romano y que lo ha derribado en lo que tenia de falso y de injusto; ese reino de las almas, ¿dónde ha establecido su capital? ¡En Roma! En el sitio de la fuerza se estableció el sitio de la virtud; en el sitio de la esclavitud, el de la libertad; en el lugar de los ídolos vergonzosos, el de la cruz de Jesucristo; en el trono de donde se comunicaban á todas partes las órdenes de Neron, la silla del inerme anciano que, en nombre de Jesucristo, de quien es el vicario, derrama sobre todo el mundo la pureza, la paz y la bendicion. ¡Oh triunfo de la fe y del amor! ¡Oh espectáculo que arrebató al hombre sobre sí mismo, mostrándole lo que puede para el bien con el auxilio de Dios! Yo he visto con mis ojos esa tierra libertadora de las almas, ese suelo formado con las cenizas y la sangre de los mártires: ¿y por qué no he de traer á mi memoria recuerdos que confirmarán mi palabra rejuveneciendo mi vida?

Un dia, pues, con el corazon palpitando de emociones, entré yo por la puerta Flaminia en esa ciudad famosa, que habia conquistado el mundo con sus armas y gobernádolo con sus leyes. Corrí al Capitolio; pero el templo de Júpiter Capitolino no coronaba ya su heróica cima. Descendí al foro; la tribuna de las arengas estaba hecha pedazos, y la voz de los pastores habia sucedido á la voz de Ciceron y de Hortensio. Subí las escarpadas sendas del Palatino; los Césares estaban ausentes, y ni aun habian dejado á la puerta un pretoriano que preguntará su nombre al extranjero curioso. Mientras pesaba yo en mi alma aquellas fuertes ruínas, por entre el azulado cielo itálico, divisé á lo lejos un templo cuya cúpula me pareció cubria todas las grandezas presentes de esta ciudad, cuyo polvo pisaba. Dirigí á él mis pasos, y allí, en una plaza tan inmensa como magnífica, encontré á la Europa reunida en la persona de sus embajadores, de sus poetas, de sus artistas, de sus peregrinos, multitud diversa por su origen, pero unida, al parecer, por una atension comun y profunda. Yo tambien aguardaba, cuando al extremo de

la plaza se adelantó un anciano, llevado en una silla, con la cabeza descubierta, y teniendo en sus dos manos, bajo la figura de un pan misterioso, á aquel hombre de la Judea antiguamente crucificado. Toda cabeza se inclinó á su paso; corrieron lágrimas en un silencio de adoracion; y en ningun semblante observé la protesta de la duda, ni la sombra de un sentimiento que no fuera á lo menos el respeto. En tanto que yo tambien adoraba á mi señor y mi rey, al rey inmortal de las almas, tomando mi parte del triunfo, sin tratar de expresarlo con palabra alguna ni aun interior, el obelisco de granito que estaba en medió de la plaza cantó para todos nosotros, mudos y arrobados, el himno del Dios victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!* Y por si habia algun enemigo en aquella muchedumbre, se respondió á sí mismo otro canto célebre que nos prevenia huyésemos del leon de Judá si no queriamos adorarle en su victoria. Despues de muchos años que han encanecido ya mi cabeza, os repito estas amenazas y estos gritos de júbilo: dichosos vosotros si no huís, y si, antes bien acercándoos mas, repetís con todos nosotros, hijos de Cristo y miembros de su reino: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!*